

## **12 de Enero del 2010, el día que un país perdió la sonrisa**

El 12 de enero del 2010 quedara grabado como uno de los días más trágicos en la historia del pueblo haitiano. Sin embargo para otros también será recordado como el día en el que República Dominicana y Haití se unieron en solidaridad dejando de lado rencores y odios pasados. Tanto haitianos como dominicanos consideran que a pesar de que las huellas del terremoto serán difíciles de borrar, la solidaridad ha estrechado los lazos de amistad y hermandad. Pero esta solidaridad no solo se ha notado entre dominicanos y haitianos. Los ojos y los corazones del mundo entero, han estado y están dirigidos hacia la española y concretamente hacia la pequeña y pobre Haití.

A las 6 de la tarde, hora dominicana, la tierra tembló. Todos pensamos, que ese movimiento de tierra no iba a tener mayores consecuencias, pero estábamos muy lejos de la realidad. Rápidamente, todas las cadenas de televisión hablaban ya, de la mayor catástrofe natural habida en la española. Atónitos, mirábamos las imágenes desgarradoras y llenas de sufrimiento. En el propio batey, se notaba cierta crispación y desconsuelo, ya que muchos haitianos auguraban lo peor para sus familiares. Las primeras cifras hablaban ya de más de 50 000 muertos, hospitales, escuelas, universidades, iglesias totalmente destruidas, hasta el palacio, símbolo del orgullo haitiano quedó en estado de ruinas.

La comunidad internacional respondió rápidamente y empezaron a llegar las primeras ayudas. El gobierno dominicano como gesto de amistad y solidaridad con su vecina Haití, abrió la frontera para facilitar el paso de la ayuda, así como de toda esa gente llegada del mundo entero dispuesto a aportar su granito de arena.

MOSTCHA y MUDHA pusieron en marcha un plan de emergencia que contó con el apoyo indiscutible de HAURRALDE. “Ayuda en emergencia para Haití”, organizó su primer viaje formando un grupo de 30 voluntario en primerio auxilios. Así nació un proyecto con ánimo de ayudar y dar respuesta a las necesidades de Haití. Por medio de HAURRALDE, una vez más, la sociedad vasca pudo aportar y contribuir con este proyecto solidario.

6 días después del seísmo partimos hacia Haití para llevar la primera remesa de ayuda incluida la de HAURRALDE. Nada más pasar la frontera de Jimani, empecé a ver las primeras huellas del horror. Casas destruidas, gente caminando hacia la frontera, miradas perdidas y sonrisas apagadas. Al llegar a la capital, ya no quedaba ninguna duda, esto no era una mala pesadilla, sino el mayor infierno en el que me he visto inmerso. No quedaba ningún edificio intacto, solo destrucción, destrucción y más destrucción. Maletas en mano la gente caminaba sin rumbo. Familias enteras que con lo poco que habían podido salvar de debajo de los escombros dejaba detrás de ella lo poco que con mucho sufrimiento y trabajo había conseguido durante todos estos años. En tan solo unos segundos, la tierra, enfurecida destruyó todo un país llevándolo a una situación extrema y muy difícil de resolver.

Puerto Príncipe fue una de las zonas más afectadas por el seísmo en las que trabajamos. Por sus características y por ser la capital haitiana, es una de las zonas más pobladas del país. Barrios enteros quedaron sepultados bajo toneladas de cemento, polvo y piedras. El inevitable olor a muerte junto al calor abrasivo de la capital hacia insoportable el paso por algunas calles de la ciudad. Desde Delmas, un barrio cercano a Petion ville, se veía también la magnitud de la tragedia. La gente pobre construye sus casas en las laderas: casas de ladrillos que son apiladas unas encima de otras y que con el temblor de tierra quedaron totalmente destruidas creando un efecto dominó que no dejó ni un edificio en pie. Se calcula que solo en esa zona más de 90 000 personas pudieron fallecer.

La primera semana la dedicamos a currar heridas directas del terremoto con la ayuda de un equipo de médicos que también viajó con nosotros. Ya había pasado una semana desde aquel fatídico 12 de enero y en muchos campamentos de refugiados todavía ni tan siquiera había llegado una simple gasa. Infecciones, fracturas, amputaciones... hasta ese día, en mis 25 años de vida había visto semejantes barbaridades con mis propios ojos, ni había tenido que asistir y currar heridas de ese calibre. La gente nos pedía agua, comida, carpas para dormir, toda la gente confiaba en nosotros, y muchas veces un sentimiento de impotencia se apoderaba de mí ya que a pesar de llevar en esa primera remesa mucha ayuda, no podíamos dar respuesta a los millones de damnificados que nos suplicaban una gota de agua. Los primeros días fueron muy duros, cuando acababan esas largas jornadas de trabajo, esas miradas, gritos y llanto daban vueltas en mi cabeza y mis oídos. No obstante, no podían con las otras muchas satisfacciones, sonrisas, agradecimientos y gestos de cariño de toda esa gente que gracias en parte a la ayuda de todos los guipuzcoanos veían como su sufrimiento había quedado de lado. Por fin tenían una botella de agua con la que saciar su sed, una libra de arroz con la que calmar su hambre, o un calmante con el que quitar su dolor.

Después de visitar varios campamentos de Puerto Principe, nos dirigimos a Leôgane, otra de las zonas afectadas en el que murieron más de 30 000 personas por causas directas del terremoto. Allí trabajamos en un orfanato que quedo totalmente derrumbado. Más de 100 niños, que se habían quedado sin un hogar, sin ropa, sin comida, sin agua. En ese mismo orfanato montamos un pequeño consultorio médico para poder atender a las mas de 3 000 personas que viven en los alrededores. En ese orfanato nos esperaba un duro trabajo. Los niños estaban traumatizados por los acontecimientos. 3 compañeros suyos fallecieron y otros tantos quedaron heridos bajo los escombros. Mediante juegos, dibujos y diversas actividades intentamos paliar ese pánico, pero aun así con cada ruido o movimiento brusco se sobresaltaban y muchos lloraban. Una noche a las 4 de la mañana la tierra tembló bruscamente despertándonos a todos. Las escenas de pánico entre los niños no cesaban. Muchos de ellos habían

vomitado, otros se hicieron las necesidades encima y otros simplemente inmóviles con la mirada fija se quedaron petrificados del susto. Mucha gente no sufrió heridas externas aquel 12 de enero, pero las heridas internas, las heridas psíquicas hicieron mella en todos y cada uno de los haitianos.

La tercera semana visitamos Jacmel, Carrefour y otras zonas afectadas. Allí llevamos agua, alimentos y medicinas para combatir los brotes de epidemia que empezaban a surgir. Visitando esos lugares observamos realmente la magnitud de la catástrofe que no solo se ceñía a la capital sino a toda la parte sur del país.

Siempre he sentido y sentiré una gran deuda con el pueblo dominicano y haitianos, ya que durante estos 4 años en mis continuos viajes y estancia en el batey me han acogido, me han ayudado y me han protegido como si fuera uno de ellos. Así que no dude ni un segundo en viajar a Haití para devolverles el favor. Pensé, que para bien o para mal el destino quiso que ese 12 de enero estuviera en Santo Domingo, y que notara el temblor personalmente. Por ello me embarque en esta aventura con ciertos temores debido a los continuos temblores, a la inseguridad ciudadana y demás problemas de la crisis, pero seguro de mi mismo y con muchas ganas de trabajar. Sin duda alguna, la experiencia ha sido dura, porque nadie está preparado para ver esto. Pero por otro lado ha sido una de las experiencias más enriquecedoras que he tenido hasta ahora. Los malos momentos se olvidan rápidamente para dejar paso a los buenos recuerdos. No quiero quedarme con las lágrimas de sufrimiento sino con la sonrisa de todos esos niños que gracias al compromiso de HAURRALDE y la solidaridad de los vascos, han visto sus platos llenos de comida y sus vasos llenos de agua. No quiero quedarme con la imagen de los cadáveres amontonados en las calles sino con las caritas llenas de vida de los 4 bebés que ayudamos a traer al mundo. No quiero quedarme con los llantos de la gente que despide a sus muertos sino con la fuerza y la valentía del Pueblo Haitiano que una vez más levanta la cabeza y sigue adelante.

Pasaran muchos años para que Haití empiece a levantar la cabeza. Solos no lo conseguirán, porque aunque a pesar de las ganas de seguir adelante y de pasar página que tiene el pueblo haitiano, por desgracia Haití es seguirá siendo uno de los países más pobres e inestables del mundo. Hoy todo el mundo se acuerda de Haití, pero... ¿Qué pasara mañana? ¿Quién estará ahí cuando el boom Haití pase?

No quiero finalizar este relato sin dar las gracias a HAURRALDE por su compromiso, a la red Jacque Viau (MUDHA, MOSTCHA), a mis compañeros dominicanos de trabajo, a toda los vascos que a pesar de la situación delicada que estamos viviendo una vez más han sido solidarios y han entendido que Haití nos necesitaba y han aportado su granito de arena, a las diferentes instituciones que han colaborado con la Fundación HAURRALDE, Andoian por donar sillas de rueda y devolver la sonrisa a Rose Michelle, a la gente de mi ciudad, Irún y de mi barrio Behobia que me consta que han estado a la altura de la circunstancia, a mis amigos por mandarme mensajes de cariño y de ánimo y sobre todo a mi familia y particularmente a mis padres que al principio a pesar de no estar muy de acuerdo con mi decisión, han sido los primeros en apoyarme en todo momento. A todos ellos mil GRACIAS que sin esa ayuda todo esto hubiese sido imposible.

Javier Fontán Aldalur

Cooperante Haurralde en Haití